

Harold EVANS, con Gail BUCKLAND y David LEFER

They Made America. From the Steam Engine to the Search Engine: Two Centuries of Innovators

New York-Boston, Little, Brown and Company, 2004, 496 pp.

Apartir de su nacimiento en 1783, los Estados Unidos de América fueron capaces de ocupar y dominar en poco tiempo un enorme territorio salvaje, y aprovechar sus recursos y posibilidades a una velocidad vertiginosa y con un éxito sorprendente. ¿Cómo pudieron hacerlo? Para H. Evans y sus colaboradores, la clave estuvo en la especial disposición hacia la “innovación práctica” que distingue a los norteamericanos, la cual “no es simplemente invención; sino ingenio inventivo puesto en ejercicio” (p. 11). Pero no partían de cero: el bagaje de cultura y conocimientos que los inmigrantes europeos llevaron consigo fue esencial para no naufragar en el intento: algo que Evans dice, pero muy de pasada y con la boca pequeña, a pesar de ser británico. En cualquier caso, es evidente que el espíritu innovador ha sido una característica sobresaliente del pueblo norteamericano. La galería de personajes que recoge el libro no deja lugar a dudas.

Periodista de prestigio, historiador y autor de grandes éxitos editoriales como *The American Century*, H. Evans contempla ahora la historia contemporánea de Estados Unidos a través de las vidas y obras de los setenta inventores-innovadores-empresarios que, en su opinión, han sido más decisivos para el éxito estadounidense por sus aportaciones tecnológicas, empresariales o de ambos tipos. Como en cualquier selección de unos pocos grandes entre muchos que también lo han sido, en la de Evans hay nombres indiscutibles, a la vez que se echan en falta otros que también podrían haberse incluido con tanto o más derecho que los elegidos. Algunas ausencias que pueden sorprender son, por ejemplo, las de Alexander Graham Bell, Frederick W. Taylor, Asa Candler (*Coca-Cola*), Andrew Carnegie, John D. Rockefeller, Ray Kroc (*McDonald's*) o George Westinghouse. Cada uno de ellos en su campo y en su estilo puede rivalizar en importancia con bastantes de los biografiados. En descargo de los autores hay que decir que a lo largo del texto se hace alusión a éstos y a muchos otros a los que tampoco se dedica una biografía completa. Además, al final del libro se incluye una “galería de innovadores” con una breve reseña de otros ciento un personajes que también han sido importantes.

La obra está dividida en tres partes. La primera (*Pathfinders to a New Civilization*) se centra aproximadamente en la época que va de 1776 a 1860, y recoge las biografías de una veintena de pioneros que lograron la vertebración económica del país. Unos lo consiguieron unir físicamente, con innovaciones que abrieron rutas terrestres y fluviales al tránsito de personas, mercancías e información (John Fitch, Robert Fulton, Henry Shrevre, Samuel Morse, Theodore Judah); otros contribuyeron a transformar radicalmente el sector agrario (Eli Whitney, Cyrus McCormick) o el industrial

(Oliver Evans, Samuel Slater, Sam Colt), y otros encontraron o idearon nuevos productos de enorme repercusión sobre el conjunto de la economía (Isaac Singer, Charles Goodyear, Edwin Drake). La segunda parte (*America Takes Off*) es la más amplia tanto desde el punto de vista temporal (1860-1960), como en cuanto al número de biografiados, unos treinta y cinco. Ésta se divide en tres secciones que clasifican a los innovadores en función de la naturaleza de su aportación fundamental. La primera recoge la historia de los que destacaron como “inventores” (Thomas A. Edison y los hermanos Wright, entre otros). En la segunda se habla de los grandes “democratizadores”, que pusieron a disposición de amplias capas de la sociedad bienes y servicios hasta entonces de acceso restringido (Henry Ford, Amadeo P. Giannini, etc.). Finalmente, los personajes de la tercera sección son calificados como “constructores de imperios”, por haber conseguido llevar sus bienes y servicios a todos los rincones de la tierra (Thomas Watson, Walt Disney, Estée Lauder, etc.). La última parte se centra en el período que va, aproximadamente, de 1960 hasta nuestros días, y recoge unas quince biografías de los geniales configuradores de la era digital, entre los que se puede destacar a Robert Noyce y Gari Kildall.

They Made America no es un trabajo de investigación, pero la bibliografía manejada es amplia, los autores se han metido en ella con profundidad y han sabido presentar de forma atrayente la información relevante para el fin perseguido: descubrir las fuentes de inspiración y las claves de cómo estos innovadores alcanzaron sus grandes logros. El libro no tiene ni un solo cuadro o gráfico, pero sí cientos de ilustraciones y fotografías que facilitan el acercamiento a los personajes y a sus obras, y hacen todavía más amena la lectura de un texto de mucha viveza que sabe transmitir la apasionante, a veces trepidante y convulsa, vida de tan reseñables caracteres. En efecto, H. Evans y sus colaboradores han sabido explicar no sólo la naturaleza e importancia de las aportaciones de cada biografiado, sino también su grandeza y sus miserias, sus momentos de triunfo y de abatimiento, sus éxitos y sus fracasos. En fin, el libro deja claro que los grandes innovadores no han sido superhéroes, sino hombres o mujeres que, quizá con un don especial y a veces con algo de suerte, consiguieron lo que perseguían gracias, sobre todo, a un gran esfuerzo de estudio o formación; horas y horas de trabajo; duras batallas políticas o legales; y superando en muchos casos la oposición de personas cercanas o de la opinión pública que veía sus proyectos como utopías o locuras.

Que los caminos hacia la innovación son muy diversos es una de las conclusiones generales que se obtiene de la lectura del libro: no hubo un patrón común ni en los orígenes, ni en la educación, ni en las fuentes de inspiración, ni en las estrategias seguidas por cada innovador. Las motivaciones, preferencias, circunstancias históricas, familiares y sociales, y los obstáculos con que se enfrentaron, fueron diferentes en cada caso. Esto explica las distintas estrategias seguidas por cada uno. Fueron comunes a todos, en cambio, la genialidad de ver lo que otros no veían y el empeño

por superar las barreras que encontraron en el camino. La mayor parte consiguió alcanzar fama y enriquecerse, aunque algunos acabaron arruinados o, incluso, se dejaron la vida en el intento. John Fitch, el aventurero que construyó e hizo funcionar el primer barco de vapor de la historia (1787), acabó arruinado y se suicidó ante la indiferencia social. Sin embargo, su invento preparó el camino a Robert Fulton, quien consiguió poner en marcha el primer servicio regular de vapores de la historia (1807), gracias a sus innovaciones técnicas y de gestión, que le llevaron al éxito empresarial. Mucho más cerca de nosotros, la historia de Gary Kildall (1942-1994), el verdadero creador de la revolución informática gracias a sus geniales innovaciones en el *software* (el primer sistema operativo, entre otras cosas, fue obra suya), que llevaron a la era del ordenador personal, pone también de manifiesto cómo la genialidad técnica no siempre va unida al éxito empresarial y al reconocimiento social. Aunque Kildall hizo mucho dinero con sus inventos y empresas, es sin duda mucho menos conocido y, por supuesto, no llegó a ser tan rico como Bill Gates. Pero éste debe su éxito precisamente a los avances de aquél, de los que se aprovechó con métodos no muy elegantes para desbancarlo en su famoso acuerdo con IBM en julio de 1980, por el que ambos pugnaron. A partir de ese momento, Kildall contempló el ascenso imparable de *Microsoft* gracias, precisamente, a su propia invención. Su carácter generoso y la decisión de no ir a los tribunales facilitaron el triunfo de Gates, pero occasionaron también el retraso de una década en la tecnología informática, ya que el *software* que Kildall estaba desarrollando entonces era mucho más avanzado que el de *Microsoft*, pero fue éste el que se impuso en el mercado gracias al asombroso genio empresarial de Bill Gates, que le ha llevado a imponer su sistema en todo el mundo a pesar de no haber hecho ninguna innovación relevante. La historia de Gary Kildall, de los semiconductores de silicio, el circuito integrado y el microprocesador es, sin duda, una de las partes más brillantes del libro.

Pero el libro está lleno de muchas otras historias apasionantes e increíbles, como la de Thomas Watson (1874-1956), el vendedor que, literalmente arruinado a los cuarenta años, fue contratado para intentar sacar a flote CTR, consiguiendo no sólo eso, sino transformar dicha empresa en el imperio IBM; tarea que continuó, también con enorme éxito, su hijo Thomas Watson Jr. No menos llamativa es la historia de Charles Goodyear (1800-1860): toda una vida de penurias sinuento, entre la ruina y la cárcel por impago de deudas, pero sin abandonar su gran objetivo de conseguir hacer de la goma un producto útil y comercializable. Lo consiguió casi al final de su vida para que sus hijos y la sociedad pudieran disfrutar de un producto sin el que hoy no podríamos vivir. La historia de Levi Strauss (1829-1902) es quizá menos aparatosa, pero no menos aleccionadora: procedente de Alemania, empezó a ganarse la vida como vendedor ambulante en Nueva York hasta que emigró a California durante la “fiebre del oro” (1849). Y aunque él no iba en busca de oro, encontró una auténtica mina cuando empezó a vender unos pantalones de lona, perfectos para el duro

trabajo de los mineros. La genialidad de Strauss no estuvo tanto en el invento en sí como en saber adelantarse a las necesidades de miles de personas y en ser capaz de desarrollar rápidamente un sistema de fábrica para abastecer la creciente demanda de un producto que acabó por hacerse mundialmente famoso. Theodore D. Judah (1826-1863) es la personificación de una voluntad de hierro capaz de superar los obstáculos técnicos, físicos, sociales y políticos que impedían la construcción del ferrocarril transcontinental. Murió en el camino (enfermó en uno de sus múltiples viajes entre California y Washington a través del Estrecho de Panamá), un año después de que Lincoln firmara la *Pacific Railroad Act* (1862), pero su empeño fue el que consiguió unir el Este y el Oeste, acontecimiento de incalculables consecuencias económicas y sociales.

No faltan en el libro, por supuesto, las biografías de los más afamados inventores e innovadores norteamericanos: Oliver Evans, Thomas A. Edison, los hermanos Wright, Henry Ford, Walt Disney, Ted Turner, etcétera. También se incluyen otros menos famosos, pero cuyas aportaciones también han sido de gran relevancia por su novedad o por su repercusión. La mayor parte son hombres, aunque también hay algunas mujeres, como Sarah B. Walter, Martha M. Harper, Jean Nidetch o Joan G. Cooney. Es encomiable el esfuerzo de los autores por contar también la historia de los innovadores de la era de Internet, y que lo hayan hecho no para salir del paso, sino con abundante documentación y con buen criterio. Aunque todas las biografías son necesariamente breves, tienen la virtud de contar muy bien la esencia de las principales aportaciones de cada personaje. No obstante, los que conozcan más en detalle la vida de algunos de ellos, pueden echar en falta algún aspecto importante, como, por ejemplo, el que no hayan hecho ni siquiera una breve alusión al papel que tuvo Frederick W. Taylor en el éxito de Henry Ford. Pero tales omisiones son disculpables en una obra que analiza tantos personajes y tan extenso período. *They Made America* no es una obra estrictamente académica, ni tiene la solidez científica de las grandes interpretaciones del desarrollo tecnológico y empresarial norteamericano, como pueden ser las de Alfred Chandler, David Noble o Nathan Rosenberg, pero se complementa perfectamente con ellas. De su lectura se puede aprender mucho sobre las causas y consecuencias del espíritu innovador, sobre la naturaleza y génesis de los grandes avances tecnológicos, y sobre muchos aspectos de la historia empresarial norteamericana.

José María Ortiz-Villajos
Universidad Complutense de Madrid